

SERMON.

NECESIDAD DE UNA RELIGION REVELADA.

(DE SANTANDER.)

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad.

S. Pablo á los hebreos, c. 3. v. 12.

Colocado yo en este vasto universo, como un átomo imperceptible, que se abisma en la inmensidad, ó como una sombra que desaparece delante de quien la mira, no sé de dónde vengo, ni á dónde voy. Pregunto á los que me rodean, y unos hombres sin probidad me dicen: todo tú vienes de la nada, y todo tú en breves dias serás nada. Pregunto á otros, en su exterior moderados, en sus costumbres virtuosos y en sus obligaciones exactos, y me responden: tu alma es inmortal, ella sobrevive á la muerte y corrupcion de tu cuerpo, y debe comparecer ante un Juez eterno, para ser premiada ó castigada segun sus virtudes ó desórdenes. Lleno de pavor y espanto al mirarme sumergido en esta terrible perplejidad, ¿á qué partido debo resolverme? Puede haber asunto para mí mas interesante? Luz increada, iluminádme, para salir con felicidad de las tinieblas que me rodean. Es verdad que hay una religion? ¿cuál de tantas como ha visto el mundo, es la verdadera? Nada hay mas importante, mas útil, mas necesario que la averiguacion de esta verdad. No es simplemente un piadoso movimiento de mi zelo, no es una vana y escrupulosa delicadeza de mi conciencia: es el interes mayor que puede presentárseme en todos los asuntos de la vida, el que me convida á instruirme en esta verdad. Que yo pierda mi empleo, mi hacienda, mis amigos, mi salud, mi libertad; que me vea perseguido, pobre, encarcelado ó enfer-

mo; todo esto es de corta duracion, todo es transitorio y casi momentáneo; pero si hay una verdadera religion, que ofrece un premio eterno á la virtud y un castigo eterno al pecado, y yo no la sigo, ni vivo segun sus leyes, mi desgracia será irrevocable por todos los siglos. ¿Quién me conducirá á los venerables tabernáculos de esta verdad luminosa? La razon y la fe sobrenatural. La primera me llevará en sus brazos hasta las puertas del santuario, y besando humillada sus linteles, me entregará á la fe, para que me introduzca en sus misteriosos tabernáculos.

Preguntemos pues á la razon, y escuchemos su respuesta. Hay un Dios, me dice esta, justo, eterno, sabio y omnipotente: añade tambien, que siendo, y del todo cierto, que hay un Dios, debe haber una religion para darle culto; y que si hay una religion, debe ser revelada, y que esta religion divina, que Dios ha revelado á los hombres es la Religion católica, apostólica, romana. La razon habla y dice, que la existencia de un Dios demuestra la necesidad de una sola religion: primera verdad. La existencia de una sola y verdadera religion demuestra la necesidad de una revelacion divina: segunda verdad. La existencia de una religion revelada demuestra este carácter en la Religion católica, apostólica, romana: tercera verdad. La materia es importantísima, pero inmensa. Reservemos para otro dia la demostracion de la última verdad, y tratemos hoy de las dos primeras.

Mirád, hermanos, decia el apóstol san Pablo escribiendo á los hebreos, no se halle entre vosotros algun corazon incrédulo, que con terquedad y obstinacion cierre los ojos á las luces de la razon y la fe. Yo no hallo camino mas justo para conducirlos á la verdad. El que no cede á las evidencias de la razon y á los mandatos de la fe, él mismo sentencia contra su locura é incredulidad. No espero que hagáis tan criminal abuso de vuestro entendimiento y voluntad. Oídme con docilidad, y nuestro amable Dios se dignará de iluminarnos, para que todos cumplamos con nuestro ministerio; yo con el que tengo de hablaros la verdad, y vosotros con la obligacion de abrazarla y obedecerla. Hacédlo así, Dios mio, por los méritos de Jesucristo, vuestro unigénito Hijo y nuestro misericordioso redentor. En ellos confio para que mis palabras sean eficaces para arrancar los vicios, y establecer el imperio de la virtud en los corazones

humanos. Estos son mis deseos para la mayor gloria vuestra y utilidad de las almas.

PRIMERA PARTE.

Son irresistibles las pruebas de la existencia de Dios; de aquel Ser, principio de todo y fin de todo; de aquel Ser eterno en su duracion, omnipotente en su poder, sapientísimo en su inteligencia, perfectísimo en su santidad, justísimo en sus determinaciones, sin mezcla de vicio ni de imperfeccion y abismo inagotable de todas las virtudes y perfecciones; de aquel Dios, de cuya existencia no puedo dudar, sino resistiendo con obstinacion á las ideas mas luminosas de mi recta razon. Yo existo, pero no existia un siglo ántes, y la razon me convence de que no hay en mi un poder para darme á mi propio la existencia. Lo mismo acontece á todos los hombres; luego todos han recibido su existencia de una primera causa, eterna, independiente, que existe por sí misma, y da la existencia á cuantas criaturas perciben nuestros sentidos. Sí, amados cristianos míos; hay un Dios, y cuanto nos rodea, lo demuestra. Los cielos publican su gloria y omnipotencia; la tierra se muestra enriquecida de sus dones; la belleza, la hermosura, la armonía, la fecundidad de la naturaleza presentan á mis ojos su magnificencia y adorables perfecciones. Si los efectos anuncian una causa; si el movimiento exige un primer motor; si los seres contingentes piden un principio de su existencia; si el orden y la simetría demuestran una inteligencia, que concibe, que compara, calcula y elige, ¿cómo podremos dudar de la existencia de un criador, sabio y omnipotente, que cria y conserva todos los seres? La inercia de la materia, las sublimes operaciones de nuestro entendimiento, la libertad de nuestra voluntad, la serie de generaciones, el espectáculo del universo; ¿cómo á tantas luces reunidas se podrá resistir la ceguedad del ateísmo, si es verdad que este monstruo realmente existe sobre la tierra? Si es imposible á un hombre negar la existencia del sol, cuya hermosa luz mira sus ojos, y cuyo calor benéfico tocan todos sus sentidos, no es ménos imposible negar la existencia del Sol increado, Dios eterno, para el que usa con rectitud de su razon.

De la existencia pues de este Ser infinito en perfecciones di-

mana necesariamente la idea de su soberanía y amor del orden; y de la union de estas dos ideas dimana evidentemente la necesidad de un culto, y la necesidad de una ley. Ved ahí, carísimos, la religion. No perdamos de vista estós dos principios; sigámoslos fielmente, y deduciremos las consecuencias mas luminosas.

Acabo de decir, que de la idea de un Dios dimana necesariamente el concepto que nuestra alma forma de su soberanía, principio y fundamento de un culto, y primer constitutivo de una religion. Si hay un Dios, es menester concebir un poder sobre el hombre que es criatura de este Dios, de quien esencialmente depende en el ser, en el existir y en el obrar. Dios le crió para algun fin, y este no puede ser otro que el mismo Dios, porque él es fin esencial de todas sus obras. De este dominio soberano de Dios y de esta esencial dependencia del hombre, dimana en este la obligacion de dirigir á aquel su corazon y sus obras, su alma y su cuerpo, pues lo uno y lo otro lo ha recibido de su magnífico y omnipotente bienhechor. Luego si el hombre no da culto á Dios, es evidentemente cierto que hace vana é ilusoria su dependencia, pues que en ninguna funcion interna ni externa la manifiesta; es evidentemente verdadero que entónces se sustrae de la indispensable obligacion que tiene de recurrir á Dios con algun culto y homenaje en señal de su dependencia. Dios, en cualidad de criador, tiene un derecho innegable á la sumision, al reconocimiento, á la confianza, á los respetos y al amor de su criatura: nada hay mas natural, mas justo y razonable, que el que exija un culto y una confesion de esta dependencia. El hombre, como criatura racional, ve y reconoce necesariamente en Dios, el autor de su ser, el árbitro de sus destinos, su bienhechor y su padre: ¿puede el entendimiento humano concebir una idea más natural y mas justa que dar un culto de adoracion al autor de su ser, de quien depende, al árbitro de sus destinos por su interes, á su bienhechor por reconocimiento, y á su padre por amor? Las relaciones de Dios con el hombre y del hombre con Dios son los ilustres títulos que nos imponen la obligacion de un culto, y dan razon de las instituciones religiosas, cuales son los sacrificios, las oraciones, los cánticos sagrados, las divinas alabanzas y los sentimientos de reconocimiento y amor que dirigimos al Omnipotente.

Aquí aparece ya la necesidad del culto interior y exterior con que confesamos nuestra dependencia y la soberanía de Dios. El culto interior, porque el hombre tiene un corazón y una alma espiritual, y la adoración, el amor, la confianza, la invocación, el reconocimiento, que constituyen el verdadero culto, dimanar del corazón y el espíritu; y el culto exterior, porque sostiene, alimenta y manifiesta el culto interior, y porque es justo que la parte material del hombre, su cuerpo y sus sentidos contribuyan á glorificar á su Criador. He dicho con advertencia que el culto exterior sostenía y alimentaba el culto interior, porque el hombre tiene necesidad de fijarse y variarse por los objetos sensibles. Resultaría inevitablemente una incertidumbre, una dislocada divagación de la mente y un extravío de la imaginación, si no se la fijase en algún piadoso objeto; y este fastidiaría y se haría enojoso, si nunca se variase por algún otro objeto virtuoso. Ved ahí la necesidad de los sagrados cánticos, del solemne aparato de los augustos sacrificios, del majestuoso espectáculo de las ceremonias religiosas, de la modestia y recogimiento que acompañan á una actitud decente y respetosa. Y todo esto ¿no contribuye poderosa y eficazmente á fijar la atención del espíritu, y á variar sus afectos para unirle virtuosamente con su Dios? ¿Quién puede dudarlo, si no ha perdido su razón? También dije, que el culto exterior manifestaba y expresaba el interior. ¿Cómo podríamos sin él demostrar la uniformidad de nuestra Religión? ¿Cómo confesar que somos hermanos, que tenemos un mismo Padre en los cielos, y una misma fe en la tierra, con que le adoramos, bendecimos y glorificamos? Sin quemar incienso sobre sus altares, sin postrarnos en sus templos, sin publicar sus misericordias, sin darle públicas gracias por sus beneficios, sin pedir su protección en los apuros y necesidades, ¿cómo sostendríamos delante de los hombres nuestra religión? ¿cómo demostraríamos nuestra fe?

Y no me digáis con los impíos insensatos: Dios no tiene necesidad de nuestros cultos, ni los exige; ellos son demasiado pequeños, limitados é indignos de la inmensidad de Dios. No me digáis eso, porque os respondería de este modo: Dios no tiene necesidad del mundo; luego no le ha criado: el mundo es un punto imperceptible comparado con la inmensidad; luego es indigno de un Dios inmenso, infinito, eterno y omnipotente. Lo absurdo de estas consecuencias demuestra hasta la evidencia la

locura de aquellos principios. Para conocer y decidir si Dios exige nuestros cultos, no hemos de examinar si Dios tiene necesidad de ellos, ó si le resultará de tenerlos alguna utilidad, porque cosa clara es, que el Eterno estuvo por una eternidad infinitamente perfecto sin necesidad de sus criaturas; lo que conviene examinar es, si habiéndose dignado criarnos adornados de razón y libre albedrío en el tiempo determinado por su adorable providencia, exigen nuestros cultos su naturaleza y la nuestra. Decídme: la misma razón natural con que nos enriqueció, ¿no nos está dictando que hagamos un recto uso de ella para honrar á este Dios que nos la dió? La libertad esencial con que adornó nuestra voluntad, ¿no hace virtuoso y meritorio aquel racional obsequio? Respondédme: la naturaleza de Dios ¿no es esencialmente la misma bondad? Y qué? esta bondad esencial ¿no se agrada de los homenajes religiosos de sus criaturas, de sus respetos, su confianza filial, su afectuoso reconocimiento y su puro y santo amor? Y este culto aunque pequeño y limitado en su principio, ¿no es la operación más noble del hombre? ¿Pueden la razón del hombre y el corazón del hombre emplearse más gloriosamente que en conocer la suma verdad, y amar la bondad suma? ¿Por qué un culto tan virtuoso será indigno del Señor? Nada, es verdad, nada añade este culto á las adorables perfecciones de nuestro Dios: es en sí mismo infinitamente rico, esencialmente feliz, eternamente bienaventurado; pero recibe una gloria accidental, unas delicias exteriores de estar con sus criaturas inteligentes, que usan de su razón para conocerle, de su corazón para amarle, que cumplen las obligaciones que las impuso, y buscan el destino feliz para que las crió. Tal es, amados oyentes míos, la naturaleza y el fundamento del culto que damos al ser eterno. No es vano pues, ni ridículo nuestro obsequio, sino justo y razonable. Le exigen imperiosamente la soberanía de Dios y la dependencia del hombre.

Dejamos demostrada la primera verdad: pasemos á la segunda, y veremos que de la existencia de Dios, dimana precisamente la idea que nosotros nos formamos del amor que tiene al orden, principio y fundamento de una ley, que es el segundo constitutivo de una religión. Hermanos míos, pensadlo bien. Un Dios, enemigo del orden ó indiferente por el orden, no podría ser más que un Dios ciego, que no conociese la perfección; ó un Dios malvado, que no quisiese lo que es esencial-

mente bueno ; ó un Dios estúpido é indolente, que sumergido en una inercia letárgica, sin sabiduría ni providencia, entregase al hombre y aun á todo el universo á las ciegas leyes del acaso ; ó seria un Dios absurdo é inconquistable, que estuviese en oposicion con su propia naturaleza, que debe ser el orden esencial y primitivo, y con sus propias obras, cuya existencia y conservacion exigen necesariamente el orden. Ved ahí unas consecuencias tan absurdas como necesarias, tan necesarias como contradictorias, que trastornan lo que establecen, y destruyen la existencia de Dios, que ellas suponen. Porque siendo Dios un ser infinitamente perfecto, precisamente ha de amar el orden, por ser este virtuoso amor una perfeccion que dimana del orden increado y eterno, que es el mismo Dios ; y es imposible componer este amor del orden con entregar al hombre á los caprichos é inclinaciones de sus pasiones y apetitos, que ordinariamente se arriman al desorden ; luego es preciso que Dios haya puesto límites y términos á los apetitos y pasiones del hombre ; luego no todo es permitido al hombre ; luego hay unas cosas permitidas y otras no ; luego hay unas cosas buenas moralmente y otras malas ; luego hay una ley eterna y necesaria, que aprueba las buenas y que prohíbe las malas. Sí, cristianos míos muy amados ; todo este precioso encadenamiento de verdades es evidentemente verdadero. Existe pues una ley divina, que es dimanada del cielo ; una ley anterior á las de todos los pueblos é imperios de la tierra ; una ley eterna, inmutable, universal, que indiferentemente obliga al fuerte y al débil, al tirano que oprime y al esclavo que es oprimido ; que condena los delitos ocultos entre las oscuras tinieblas de la noche, y los crímenes públicos y escandalosos. De lo contrario Dios habria faltado á lo que se debe á sí mismo, y á lo que pertenece á las criaturas. Por lo que á sí pertenece, no habria provisto suficientemente á la conservacion y destino de los hombres, dejándolos sin las obligaciones mutuas y recíprocas que debian cumplir ; y los hombres, nacidos para vivir en sociedad, como sus inclinaciones lo anuncian y sus necesidades lo demuestran, quedarían sin una luz, sin una regla, sin una ley que los uniese, que los conservase, y que de todas las órdenes del estado no formase mas que una sola familia. En aboliendo esta divina ley, todas las leyes formadas por los hombres desaparecen, todos los derechos se confunden, todas las

posiciones pertenecerían al primero que las invadiese. Si deterráis la ley divina, ninguna persona hay que tenga derecho á mandar ; ninguna que esté obligada á obedecer ; no habria desde entónces otra ley, que la odiosa del que mas puede ; la licencia mas desenfadada no tendría otro freno que el antojo. La probidad, la buena fe, la subordinacion, la fidelidad, todas las virtudes que forman y aseguran las sociedades, no serían mas que quimeras y nombres vanos sin alguna significacion. Es menester confesar como una verdad evidentemente clara, que existe una ley eterna, anterior á todas las leyes humanas, fundamento de todas las leyes humanas, y que estaria condenando eternamente lo malo y aprobando lo bueno, aunque faltaran todas las leyes humanas.

Advertid pues, carísimos, cómo de la idea que formamos de Dios como soberano, dimana la necesidad de un culto, y de la del mismo Dios como amante del orden, dimana la necesidad de una ley. Ved aquí la religion : ved aquí demostrada la necesidad de una religion. Verdad sensible y luminosa, de que nos dan testimonio los deseos de nuestro corazon y las luces de nuestro entendimiento. Sí, señores, la idea de una religion es como ingénita en el hombre, nace con el hombre, es como el instinto natural del hombre. Dentro de nosotros mismos escuchamos una voz fuerte, que imperiosamente nos enseña la existencia de un Ser supremo, á quien debemos nuestros respetos ; y ella misma nos dice que aquel Ser eterno castiga el delito y premia la virtud : nos dice, que su brazo omnipotente nos amenaza, y su vista penetrante nos percibe entre las mas oscuras tinieblas, como en el dia mas claro y mas sereno. ¡ Voz poderosa, que ni los esfuerzos del impío, ni el tumulto de las pasiones, ni la rebelion de los apetitos podrán jamas hacer callar ! Voz permanente ! que se perpetúa de generacion en generacion por todas las edades del mundo ! ¡ Voz universal, voz general, que se hace oír desde el Oriente al Occidente, y desde el Septentrion al Mediodía ! En todos los pueblos, en todas las naciones, en todos los imperios, en todos los siglos veo los hombres con alguna religion. Mientras hagan un recto uso de su razon, jamas abandonarán esta idea, y el imperio de la religion no se acabará, mientras no se acabe el imperio de la razon. Este es el clamor de la naturaleza ; esto enseña constantemente á la generalidad de los hombres, sin que el ejem-